

CARLOS ENRIQUE
PACHÓN GARCÍA



MÓJESE
ANTES
DE USAR

**Editorial
Unillanos**



MÓJESE
ANTES
DE USAR

Carlos Enrique Pachón García

Mójese antes de usar

Editorial Unillanos

Pachón García, Carlos Enrique
Mójese Antes de Usar / Carlos Enrique Pachón García. –
Villavicencio: Editorial Unillanos, 2017

p. 205, il.; tablas (14 x 21cm)

Incluye: Índice

ISBN 978-958-8927-31-2

1. Novela Colombiana. 2. Historias de Vida. 3. Relatos

CDD Co863.6 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

© **Carlos Manuel Pachón Buitrago**

© **Universidad de los Llanos**

Coordinación editorial: **Ana María Lombana Gracia, Catalina Ramírez Ajiaco**

Editor invitado: **Pedro Juan Eslava Torres**

Diseño de cubierta y diagramación: **Natalia Rojas Castro**

Corrección de estilo: **Julian Acosta Riveros**

Editorial Unillanos, 2017

Kilómetro 12 vía Puerto López, vereda Barcelona

Email: editorialunillanos@unillanos.edu.co

<https://editorial.unillanos.edu.co/>

Villavicencio, Meta

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.

Cra. 69 H # 77-40

www.xpress.com.co

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos.

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

Índice

Uno 15

Dos 31

Tres 47

Cuatro 67

Cinco 85

Seis 103

Siete 125

Ocho 147

Nueve 173

Diez 197

Nota preliminar

Estamos aquí para desaprender las enseñanzas de la Iglesia, el Estado y nuestro sistema educativo. Estamos aquí para tomar cerveza. Estamos aquí para matar la guerra. Estamos aquí para reírnos del destino y vivir tan bien nuestra vida que la muerte tiemble al recibirnos.

Charles Bukowski

¿Prólogo de *Mójese antes de usar*?

Me fue otorgada, para satisfacción mía, una tarea que tiene tanto de bella como de compleja: elaborar un prólogo al libro *Mójese antes de usar* de nuestro amigo, escritor regional, humano, muy humano, Carlos Pachón. Desde que me vi involucrado en el proyecto como editor, supe que el prólogo, en el sentido académico del mundo de las letras, fracasaría, y lo haría porque, según dicen los que saben, *un prólogo busca la presentación de una obra o de un autor*

desde la objetividad, tarea que para el particular considero imposible. No puedo, como tantas personas que llegaron a conocer a Carlos, separar al autor del amigo; al amigo, de los recuerdos que nos dejó; al escritor, del humano que ya no nos regocija con sus comentarios llenos de mordacidad, alegría y viveza. Abandonando todo intento de objetividad, les hablaré sobre un compañero de la región de los Llanos Orientales, un autor de su tierra, un amigo de todos: de mi padre, de la Universidad de los Llanos, de escritores vivos y muertos, de poetas y oradores, de sobrios y ebrios, de gente sencilla y compleja. Desde nuestra lectura editorial no lo juzgaremos ni lo validaremos; hablaremos de él como siempre lo hemos hecho, con franqueza, verdad y un poco de nostalgia; honraremos su memoria tratándolo como pensamos le gustaría serlo: con asertividad y buen humor. Hablemos un poco de *Mójesse antes de usar* de Carlos Pachón.

Tres elementos graves llaman mi atención sobre esta novela:

1. Es una obra que narra su territorio.

El entendimiento de Carlos por el territorio es, en cierta medida, diferente del que tienen el resto de los escritores de su tiempo, salvo contadas excepciones. El territorio llanero ha sido pensado desde muchas concepciones en donde la tierra misma es su personaje principal. Continuamente se hace referencia a las vastas riquezas ecológica, hidrográfica, florística y faunística de esta región; igualmente, se hablan de temas tan recurrentes como el hacer llanero, entendido como el trabajo en el campo, en el quehacer relacionado con la ganadería, con la música recia del cuatro y las maracas, con una personalidad machista y guerrera que ha defendido su tierra y sus riquezas y que es orgullosa de ellas, una idiosincrasia que se encuentra en el imaginario de los habitantes de la región. Pachón no desconocía este imaginario, lo

disfrutaba. *La ciudad bajo el río*, su novela publicada en 2007, ya señalaba estas mismas verdades y hablaba sobre esta misma idiosincrasia. Entre líneas se entrelazan el paisaje con los pensamientos de un joven que divaga en cada cambio de clima y con cada aventura que empieza. A mi parecer, ese libro ganador de premios en el departamento del Meta dejó abierta otra posibilidad: la de ver que el territorio había cambiado, que Villavicencio se convertía en una ciudad, cambiaba de ser campo a urbe, pero las personas que residían allí no lo notaban por la inmediatez de la experiencia; esto, sumado a la cercanía de los pueblos vecinos por carreteras mejoradas, hacían del territorio villavicense un receptáculo de historias, de toda la región, que necesitaban ser contadas. El entendimiento de un nuevo territorio construido sobre el antiguo era evidente para todos y para nadie; este paradigma buscaba una forma de expresión y Pachón lo sabía. *Mójese antes de usar* se sitúa en el Villavicencio de las décadas de los ochenta y los noventa, se narra en lugares icónicos de Villavicencio, como La Grama, el teatro Cóndor, Maiporé, Cristo Rey, entre otros. Carlos describió su territorio en un estar más urbano y puso en el centro a ese mismo hombre del campo, pero que ahora tenía que enfrentarse a las responsabilidades de la ciudad. El imaginario del hombre llanero no había cambiado, solo sus circunstancias: ahora se le veía en la tarea de buscar trabajo, de estudiar, de rebuscarse la vida, de imaginar, soñar y escribir en una cambiante selva de cemento que no se detenía ni por un instante.

2. El narrador no es un hombre sino muchos, es un ideal de humanidad de su región y de su tiempo.

He hecho énfasis en la humanidad de Carlos desde el comienzo por un motivo personal. El que esto escribe sostiene que la humanidad no es dada a todos los hombres, no se asigna a las personas con el solo hecho

de nacer, sino que hay que ganársela, trabajar por ella y para ella. El narrador de *Mótese antes de usar* tiene las cualidades de muchos hombres de su tierra y fuera de ella. Sí, es un hombre brusco, que habla sin tapujos, a veces hasta el punto de pensar que quiere llamar la atención, pero no es así. El narrador tiene mucho de Carlos, pero también de los hombres del tiempo en que vivió; refleja el tedio del diario vivir, la desesperanza y la continua lucha por encontrar un sentido que, para el autor, era brindado por la escritura. Escribirá:

Quince días sin escribir una sola línea, debo confesar que no me enloquecí.

Después dirá:

Hoy volví a escribir, volví a la historia que me persigue desde hace días. Volví con gusto, las cosas me empujaron a esta silla.

O incluso:

Cuando empiezo a escribir me faltan manos y me faltan pies y me faltan bocas para ir controlando lo que voy narrando.

Carlos vivía su historia, vivía cada personaje sin preferencias, no le importaba que fueran buenos o malos, justos o injustos, viles o nobles. Vivió como lo hacen los escritores, viviendo a cada hombre que plasmaba en el papel. Su obscenidad, sus azarosos comentarios no le pertenecen solo a él, sino a esa realidad que quería revelar. El lector desprevenido puede encontrar su amor por la escritura y por la humanidad entera en las siguientes líneas:

Todos estos años de vivir aquí: yo soy la novela, los personajes, las putas de las esquinas, el peluquero del barrio. Yo soy la novela.

3. Un desafortunado final: una obra inconclusa.

Mótese antes de usar es un ejercicio de escritura, uno de los tantos ejercicios que Carlos Pachón hizo en su vida. Rellenó cuadernos y cuadernos con escritos, borradores

e ideas que esperaban a ser expuestas al mundo. En un esfuerzo para honrar su memoria, su familia, sus amigos y la Universidad de los Llanos han querido sacar de las gavetas algunos de estos ejercicios y hacerlos públicos. El reto fue increíble: preservar escritos que el autor aún no había pulido hasta el último detalle. ¿Qué cuidar?, ¿qué mantener?, ¿preservar la errata o corregirla?

Conozco de primera mano los denodados esfuerzos de la Editorial Unillanos por preservar la obra de un hombre que superando las barreras del tiempo nos acompaña hoy con sus pensamientos, alegrías y elocuencias. Hace poco veía una entrevista de Borges en donde se burlaba de sí mismo, diciendo que de joven escribía muy mal, que su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, estaba plagado de errores que ahora aborrecía; sin embargo, en ese libro había encontrado mensajes secretos entre sus líneas que solo podía leer él y que darían como resultado las obras que surgieron más adelante. En *The Down of Day*, Nietzsche revelaba que sus escritos de juventud estaban llenos de fanatismo y que de no ser porque él mismo los escribió le causarían rechazo. Pensaba, mientras leía *Mójese antes de usar*, qué pensaría Carlos Pachón de esta novela imaginada hace tantos años si el destino le hubiera permitido disfrutar del añejamiento de su propia obra: ¿la desaprobaría como Borges, diría que es fanatismo como Nietzsche? No lo sabremos nunca. Mensajes secretos yacen ocultos entre sus líneas y será de algunos lectores encontrarlos, no ya para ahondar en la historia de Carlos Pachón el amigo, el poeta, el provocador, el escritor, sino en la historia que escribiremos cada uno de nosotros.

Pedro Juan Eslava Torres

U n o

Ciudad en lluvia

Llueve, llueve, la Virgen en la cueva
Las putas no van a la escuela
Me duelen mucho las muelas

En esta ciudad llueve mucho. Los días pasan pegados a la ventana viendo caer los días. La diarrea venida del cielo. Con la lluvia se van la mierda de los caballos, las bolsas de plástico de los hipermercados. Ríos con ribera de andén contradicen las calles. Este es el trópico, el verdadero trópico, no hay otra manera de imaginarlo, los días se desdibujan con la lluvia. Aquí la lluvia incomoda, retrasa aún más el progreso, deshace los informes del trabajo; los paraguas no caben en el cielo de los andenes. Es una adaptación del fracaso.

19

A las cinco de la mañana cayó el primer escupitajo, la primera gota. Yo me di cuenta porque la ventana del cuarto que mira los patios de cuatro casas estaba abierta. La dejo abierta de día y de noche, porque además, también hace mucho calor. Claro que en estos meses hace frío en las noches y en las madrugadas. Rara vez en el día. Esa sensación de sol y frío solo la sentimos cuando vamos a la capital. Mi hermano me dijo alguna vez que aquí hacía frío en mitad del año por la cercanía del Brasil y sus heladas, y que se empieza a sentir cuando se acumulan los años.

Anoche me acosté muy tarde esculcando el escritorio, se va llenando de tanta mierda y hay que bajar la llave de vez en cuando; me dio pesar botar algunos cuadernos, había algunos arrebatos escritos, pero la nostalgia no es buena crítica. El tiempo ayuda a que se amontone la basura. Las blandas montañas en las afueras de la ciudad también crecen.

Un profesor nos decía que las opiniones de la gente abundan como culos. Culos que se acomodan al yin, al calzón, al papel higiénico de colores, a las letrinas, al papel periódico. Hace calor, los peatones, los conductores, los que suben al bus, los familiares, los amigos se quejan del clima. Cuando empiezan las lluvias, se quejan de las calles, de la congestión en el tránsito, de los zapatos mojados ¿Dónde están los poetas? Tres días de invierno y en las emisoras de radio, en las noticias de televisión, se comentan tragedias, ríos que arrasan pobrezas, barrios que se deslizan y se van por el sifón.

20

Las calles mojadas animan a armar el bareto en el único pedazo seco de una banca de parque. Uno se sienta, habla un rato solo, le pone curas a la hierba si se le va la violencia y raspa el fósforo en ese mismo pedazo de silla que ha sostenido los culos de los enamorados. El humo silba por los vagones y seca las calles como plancha automática; en esta ciudad nunca ha habido un tren, pero muchas veces he visto las manos de los viajeros saliendo de las ventanillas del último vagón, diciéndome adiós. Supermán sopla su peste de cacorro caliente. Los ojos son la ventanilla de un carro, vamos a pie por estas calles como ríos.

No me gusta levantarme antes de que empiece la luz del día, pero hoy tocó. La toalla, que cuando me acuesto está alrededor de mi cuello para evitar mordiscos de vampiro, roces de desconocidos, zancudos, cucarachas que trepan y buscan la boca con sus bigotes, está en el piso; la recojo porque con esa misma voy a entrar al baño. A esta hora el agua es de páramo, taladra, se filtra por la corona de la cabeza. Me abro las nalgas para que el agua me roce con su frío. Cagué y el papel higiénico se enrolla y todos los días me lo quito. Hoy toca champú, cinco minutos más de ducha, masaje capilar con las yemas. Estoy solo, si estuviera con mujer le aplicaría champú en el vello de su vagina, con las yemas circulando por su vía láctea. La mano se va quedando sin dedos. Un manco escribe con zumo de mujer. Pero estoy solo y es hora de salir del baño. Después de pagar los recibos de luz y teléfono

pasaré por donde Ariel, vamos a averiguar sobre el trabajo para la universidad.

Llegué muy temprano al banco. Con cinco personas más estuvimos esperando. Entre ellos hay una gordita que tiene ojos que menstrúan, lleva la plata en la mano, no desconfía de la ciudad. Las gotas caían sin ganas como las babas de un mongólico. Tres somos jóvenes, incluida la que me imaginé sin pantalones, con las nalgas como piel de gallina. Ella entró primero y los demás fuimos como la cola sucia de un vestido de novia. Era la última vez que la iba a ver. La visión fue corta pero clara: la plata en los congeladores, como cebolla, tomates, pescado, jamón. El otro día hablamos de robarnos un banco. Lo prometimos, sería fácil. Salí con afán. La lluvia se aumentó al lado de los vendedores de lotería; aguanté los pies. Me ofrecieron desde lotería del Meta hasta lotería del Putumayo, no sabía que existía, a duras penas creo que exista un departamento con ese nombre.



Quince días sin escribir una sola línea, debo confesar que no me enloquecí. Si no lo hice es porque no me hizo falta. Lo de Rilke no es tan cierto. No escribí y la pasé bien, estuve ganando algún dinero, trabajando en cosas que no son lo mío. ¿Pero qué es lo mío? La plata hace falta. Mi sobrina de ocho años tiene una amiga de la misma edad: sus padres dicen que el dinero es el demonio. Ya alguien había dicho que era el estiércol del diablo, pero decir que es el propio demonio es muy exagerado. Son unos señores evangélicos que cantan salmos, y ven el mal en un paquete de chitos. No sé cómo tuvieron hijos, si el acto de fornicar alienta las ideas del mal. Cuando viví en Cali, el hijo de la dueña de casa, cada vez que le pagaban (no sé en qué trabajaba), cerraba la puerta y gritaba: ¡La plata es linda! Y yo en el cuarto, encerrado, tomando gaseosa y comiendo roscón, mientras leía algún manual de economía, le daba la razón.

En estos días me acosté temprano. Antes de quedarme dormido me acariciaba las pelotas, después me olía la mano y olía